

## SUEÑOS, RECUERDOS Y SENSACIONES

**Francisco Javier Mateo Sánchez**

De pronto todo estaba oscuro, como si fuera una de esas noches cerradas de invierno en las que miras el cielo y no se distingue nada. Absolutamente nada, ni tan siquiera la luz de una estrella o el resplandor de la luna. Todo era negro, insondable, y percibía como un tenue rumor parecido al de las olas al romper en la playa. No, era otra cosa. Era como una tormenta lejana que poco a poco va acercándose. Como cuando éramos niños y contábamos los segundos que transcurrían entre ese relámpago que nos ponía el vello de punta y alumbraba nuestras caras, asustadas y asombradas. Y justo después, cuando ya la impaciencia hacía mella en nosotros, rugía el sonido del rayo rasgando la noche y entonces sabíamos que la tormenta se estaba acercando, que se haría más fuerte y que toda esa negrura se iría convirtiendo en día, sucesivamente, tras cada relámpago. Y tras él, un nuevo estruendo. Y de nuevo la luz...

Había algo en esos sonidos y esas sensaciones que me hacía recordar algo que ya había vivido. No era algo lejano ni aislado. Era la sensación de algo vivido y repetido muchas veces, pero no recuerdo el qué. Ni siquiera soy capaz de estar seguro si es algo real o algo que soñé y que sin querer me viene a la mente y me engaña mezclando imágenes, sonidos y hasta olores. Porque huelo a hierba, a humedad. Como si hubiera estado lloviendo y esa hierba se hubiera empapado dejando un rastro de charcos. Y yo voy a tuestas en esa oscuridad pisando esos espejos de agua. Espejos negros y oscuros que van salpicando gotas sin brillo a medida que voy caminando a través de ellos. No sé dónde estoy, pero al mismo tiempo me siento cómodo allí. No siento miedo a pesar de la oscuridad, porque sé que he vivido esa situación otras veces. Muchísimas más veces, y sé que puedo estar tranquilo aunque el corazón me late deprisa, descontrolado. Estoy cansado y mi piel está empapada de sudor. No sé qué me pasa pero noto mis músculos agarrotados, en tensión. Hace calor, pero no sé de dónde viene. Es como si el sol estuviera pintado de negro. Como si sus rayos fueran de ese color y por eso no puedo verlos, pero al mismo tiempo siento su calor. Noto fuego en mi espalda, en mis brazos y el sudor resbala por ellos como un río caliente, como un volcán arrasando las laderas de la montaña. Noto la sal en mis labios y siento sed. Una sed ansiosa, como si llevara horas al sol y no hubiera bebido nada. Daría cualquier cosa por un sorbo de agua ahora. Un trago que calmara esa sequedad. Trago saliva y me duele la garganta. Tengo la lengua seca y los labios agrietados. No sé lo que me pasa, pero noto mucha presión. Presión física, como si estuviera sosteniendo con mi cuerpo algo muy pesado y esa sensación hace que mis brazos se tensen un poco más. Se convierten en roca, en acero, y cada músculo, cada fibra que los compone adquiere esa misma rigidez. Noto la sangre fluir por ellos. La noto en mis sienes. La noto latir incansablemente, frenéticamente, y ese ruido incesante se repite una y otra vez. Al mismo ritmo. Una y otra vez.

Intento abrir los ojos pero no puedo. No es algo físico. Realmente podría hacerlo. De hecho es como si los tuviera abiertos y no viera nada, como si la única realidad que existiera fuera la que está en mi cabeza, dentro de mi mente, en mis sueños. Poco a poco los sonidos van desapareciendo tal como empezaron. Es un zumbido, un rumor de hojas que va disminuyendo de intensidad hasta que no se escucha nada. Silencio. Solo el sonido del aire, pequeñas ráfagas que me rozan con su frescura. Mi piel agradece esa sensación placentera que alivia en parte el sufrimiento de estar expuesto al sol. Me recuerda cuando de pequeño me llevaban a la playa y tumbado en la arena cerraba los ojos y escuchaba las olas romper en la orilla, y ese sonido se mezclaba con el roce de la arena, que arrastrada por la brisa nunca se quedaba quieta y adoptaba mil formas distintas. Esa misma arena que cogía en mis manos y dejaba resbalar entre los dedos una y otra vez haciéndome sentir un efecto placentero, un estremecimiento, una percepción de inmensidad, a veces de vacío o de soledad, ajeno a todo lo que ocurría a mi alrededor, abstraído de los demás sonidos. Solo apreciaba lo que me aportaban esas pequeñas partículas de arena con miles de brillos como el cristal, que de nuevo, una y otra vez se precipitaban como pequeños ríos de una mano a otra, y volvían a su origen tejiendo una alfombra de dunas que de nuevo el viento se entretenía en alisar. Y de pronto me di cuenta de que en la oscuridad en la que me encontraba notaba esas mismas partículas de arena en mis manos. No las mismas, distintas, como pequeños sílices que arañaban mis nudillos hasta hacerlos sangrar. Y empezó de nuevo ese murmullo bajo,

ese soniquete que era como una exclamación que iba creciendo paulatinamente, llena de sonidos como voces, cantos, pequeñas canciones sin sentido, sin letra, pero que poco a poco se fueron convirtiendo en palabras que no podía entender, que recordaba de alguna manera, que se metían en mi cabeza y buceaban en mi interior llamando puertas que no se abrían hasta que en ese pequeño susurro, como en un siseo, me pareció escuchar mi nombre. Era como si alguien me llamara. No una sola voz, varias voces llegaban a mi oído y como un eco, resonaba una y otra vez mi nombre desde la lejanía.

Y entonces abrí los ojos y en un segundo lo entendí todo. Como si despertara de un sueño empecé vagamente a distinguir lo que había a mi alrededor. Repentinamente tomé consciencia de todo. De los sonidos y voces que escuchaba, del calor, de ese sol abrasador, de la arena, de la sed en mi garganta, de esa sensación placentera que produce la tensión, de ese agarrotamiento en mis músculos, de ese sabor metálico que se siente cuando estamos en un estado de concentración máxima que nos exige una abstracción total y que nos saca del mundo real. Allí estaba yo, de pie, mirando fijamente ese suelo verde, parcialmente cubierto de arena como una alfombra de cuarzo. Y su brillo me hizo desviar la vista. Y miré mis manos, mis nudillos rojos y con restos de esa arena aferraban con fuerza el stick de hockey que se balanceaba sutilmente arriba y abajo. Entonces miré al frente y vi la portería y bajo su estructura cinco sombras en tensión, impacientes por la espera, aguardaban el momento para, como en una explosión, salir despedidas a toda velocidad. A mi lado distinguí otra figura familiar y cuando observé su rostro expectante me di cuenta de que me hablaba y sus palabras poco a poco se convirtieron en frases y en esas frases escuchaba mi nombre mezclado con mensajes de ánimo. Y agarré mas fuerte el stick balanceándolo de nuevo suavemente, con la mirada fija en aquella silueta oscura y grande que tenía enfrente. Esa forma borrosa acolchada, acorazada, tapizada de múltiples protuberancias que le conferían un aspecto amenazador y una corpulencia inhumana. Esa sombra rematada con un casco a modo de corona que se inclinaba hacia delante con todos los músculos en tensión. Casi sin darme cuenta escuché algo parecido a un pitido, el árbitro nos miró al portero contrario y a mí, y con un sutil gesto confirmó que estábamos preparados. Miré hacia la izquierda de la portería y allí estaba preparado mi compañero, también en tensión y concentrado en dirigir la bola al sitio elegido. Y la bola rodó, con rapidez, dando una y otra vuelta sobre su eje. Y su efecto fue como una explosión de adrenalina en cada uno de los que estábamos allí, quemando la energía acumulada en nuestros músculos. Y esa bola llegó a su destino donde con seguridad otro compañero la paró e inmovilizó con su stick someténdola a la esclavitud de su dominio, para que sin tiempo previo mis brazos actuaran como un resorte, cortando el viento, y golpearan la bola bruscamente en dirección a la portería ansiando escuchar el estruendo al estrellarse con la chapa. Y entonces, justo antes del soñado estrépito, desperté...